

El ensayo: psicópolis y religión imposible

Mayra Luna

*¡Y nosotros: espectadores, siempre y en todas partes,
vueltos hacia todo, pero nunca hacia fuera!
Esto nos desborda. Lo ordenamos. Se derrumba.
Lo ordenamos de nuevo y nos derrumbamos nosotros.*

Elegías de Duino
Rainer Maria Rilke

I

En el ensayo, el ensayista busca la religación. Busca religarse con aquello que ha perdido. Lo que ha perdido a causa de la ciudad. El ensayo surge con la ciudad. Entiendo aquí por *ciudad* no sólo el espacio que se habita físicamente sino, además, *el conjunto de las obras del hombre y la naturaleza*. Cuando un ensayista comenta la novelística de Musil, el Holocausto o la pintura de Toulouse-Lautrec busca relacionarse con estos componentes de la ciudad. Los ensaya para integrarlos a su experiencia; una experiencia de la que la ciudad misma lo ha privado.

Con la urbe perdimos la experiencia del contacto con aquello que está fuera de nosotros. La soledad experimentada entre la velocidad de la multitud produce una demasía de autoconciencia que se convierte en escisión. Una separación entre el sí mismo que se piensa y el mundo material que se vuelve monstruoso y glorioso. La

pérdida de contacto con aquel mundo —el mundo que existía antes de la ciudad y del que recordamos alguna vez haber sido parte— nos conduce a indagar vías de religarnos con él. Una nueva religión. Con el lenguaje creamos una religión de los conceptos. En el lenguaje completamos la experiencia que la ciudad nos trunca.

En el ensayo la experiencia vivida se sustituye por la experiencia intelectual. El apogeo histórico del culto al pensamiento, sobre todo, a partir de la Ilustración, buscó aprehender la nueva realidad de la ciudad a través de las ideas. El ensayo nace como una nueva religión (religación) del hombre que busca explicar y legislar una realidad que ya no comprende. Realidad que lo excluye, que lo expulsa. A la que intenta conceptualmente pertenecer.

El ensayo como aprehensión de la ciudad en la escritura se convierte en el género más socorrido hoy que la ciudad pareciera ser el único sitio válidamente habitable. Tanto se codicia habitar la ciudad que ha crecido en complejidad hasta convertirse en una postciudad. Una postmetrópolis. Pero la ciudad no se habita ya físicamente. La ciudad dejó de ser el espacio físico en el que coinciden sus habitantes para convertirse en un conjunto de fuerzas a las que se tiene acceso desde cualquier sitio y que exige un modo particular de relacionarse. No es necesario habitar físicamente la ciudad para hallarse

en ella. En la megalópolis las relaciones se orientan a lo global, no a lo local. El contacto físico, mental y social se realiza desde la lejanía tecnológica. Habitar la ciudad es ya una experiencia *telerrelatoria*.

Lo telerrelatorio incluye al lenguaje. Con el lenguaje habitamos lo vedado para la experiencia. Históricamente colocamos en el plano de lo sagrado aquello que escapa de nuestra comprensión. Por ello el ensayo, en su búsqueda religiosa, es entonces teotelerrelatorio. Reúne los requisitos esenciales que se exige al objeto sacro informativo: guiar, religar y sustituir la experiencia del sujeto. Reproduce las relaciones predominantes en la megalópolis. Nos conducimos rumbo al auge del ensayo.

El ensayo de la postmetrópolis materializa la experiencia intelectual de la ciudad, es decir, construye una nueva versión de la *psicópolis*. Desde los griegos ya existía una psicópolis. Puede ser que la psicópolis sea la piedra angular de la civilización occidental. La psicópolis es un fragmento o aspecto de la ciudad: su dimensión epistemológica, imaginaria, lingüística. La psicópolis es la representación mental de la ciudad, el sistema imaginario de relaciones que se trazan por el conocimiento, para el conocimiento. La psicópolis es el Gran Orden (intelectual), que se establece para sustituir al orden natural.

En la lógica de la megaciudad el ensayo no se confina a lo subjetivo-objetivo. Toma la senda de lo *trayectivo*. Lo trayectivo es el enlace que puede establecerse entre sujeto y objeto. El trayecto que ambos recorren para relacionarse. Un análisis se empobrece al restringirse únicamente al sujeto o al objeto, porque no se percata del lazo. (Notemos que el ensayo histórica y epistemológicamente depende y funciona con la lógica impuesta por la dicotomía sujeto-objeto. Quiere ser su *entre*). La desmesura es una cualidad en el ensayo. El análisis desmesura cuando revela las relaciones que sujeto y objeto entablan con otras entidades (reales o ficticias). Lo trayectivo se refiere a las fuerzas invisibles que conforman la realidad o a aquellas que no existían hasta la creación ensayística. El ensayo como creador de redes.

Escribe Paul Virilio:

Yo no trabajo sobre el objeto y el sujeto —ése es el trabajo del filósofo— sino sobre el trayecto. He propuesto incluso inscribir el trayecto entre el objeto y el sujeto e inventar el neologismo “trayectivo” para sumarse a “subjetivo” y “objetivo”. Soy, pues, un hombre de lo “trayectivo” y la ciudad es el lugar de los trayectos y de la trayectividad.¹

¹ Paul Virilio, *El cibermundo, la política de lo peor*, Cátedra, Madrid, 1999, pp. 41-42. Virilio, al tiempo que muestra lo trayectivo como algo deseable en el contacto que se realiza en la ciudad, advierte de los peligros que tal trayectividad supone al referirse a la información. Afirma que la información lejos de ser trayecto, se convierte en un vórtice que coloca todos los espacios al mismo tiempo, el tiempo real.



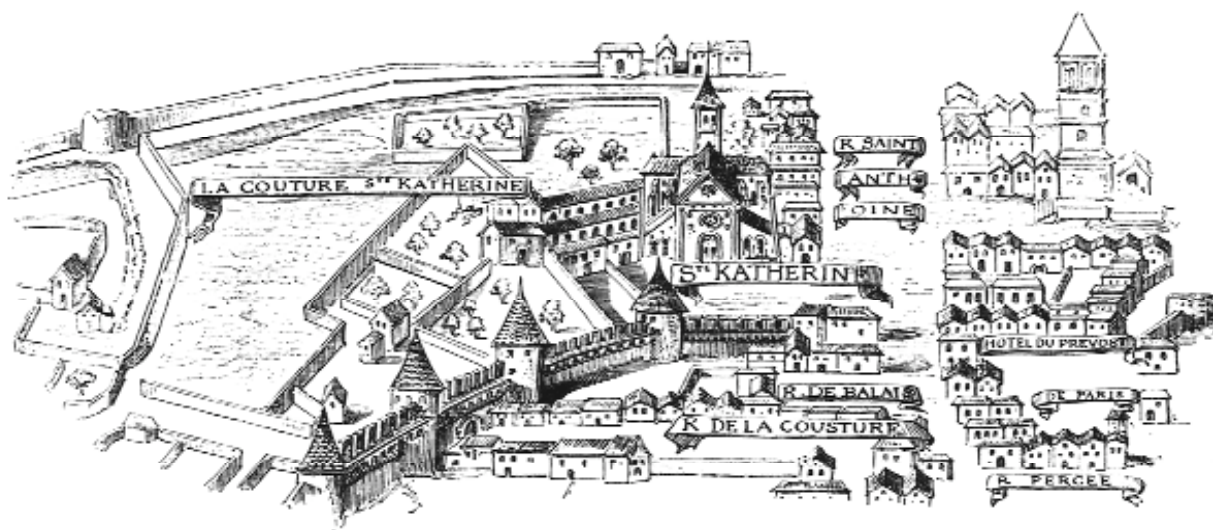
Lieja, Bélgica

Así como lo trayectivo conforma la ciudad, el ensayo toma la forma de sus relaciones. *El objetivo último del ensayo es religar a su creador con la realidad que percibe perdida*. Por ello la insistencia ensayística en lo trayectivo es religación. Hacer evidentes y establecer las redes entre los asuntos ensayados consiente al ensayista tejer su propio mapa, ligando conceptos hasta construir una visión aprehensible de lo que en un inicio le resultaba lejano. Armandando una metrópolis textual antes inexistente, accesible ahora para la visita del lector. Metrópolis construida a partir de la psicópolis del ensayista.

La imagen del sujeto y el objeto que presenta el ensayo, al ser construidos a partir de imágenes mentales originales, no corresponde a la imagen consensual. La imagen construida en el ensayo no está elaborada por las cualidades estereotípicas de sujeto y objeto —como sucede en el plano de la percepción habitual— sino por las innumerables redes que los rodean y los delinear en su choque con sus características socialmente fijadas.

Imaginemos una serie de cuerdas distintas. Estas cuerdas sirven de lazo, desde puntos distintos, hacia el objeto del ensayo. El llamado objeto, sin embargo, aún no tiene forma. Adquiere forma por el *claro* que el ensayista dibuja con la acumulación de las puntas de las cuerdas. El perímetro o volumen del objeto es el hueco de las cuerdas. El objeto del ensayo está constituido por todas las cuerdas que apuntan hacia él. El objeto del ensayo no existe. Es una pura forma vacía delineada por los vínculos. La experiencia intelectual es una arquitectura del vacío.

La re-construcción textual-relacional es la recuperación ensayística de la pérdida. (La pérdida que es soledad, alienación). Pero las relaciones entretreídas en el ensayo permanecen en el ensayo, quedando insatisfecha la anhelada Re-uniión Total. ¿Sabe el ensayista



París, Francia

que escribe desde la pérdida? Y si lo sabe, ¿se ha dado cuenta de lo fútil de sus cuerdas?

El ensayo indaga su propia búsqueda. Es un intento intelectual de religión que va más allá de pretensiones científicas (que favorecen el contenido) o pretensiones a rústicas (que favorecen la forma). El flujo predominante en el ensayo es el flujo intelectual. Como religión, parte del sentimiento de alienación del hombre y busca establecer una comunión. Pero la nueva religión instaurada en el conocimiento obtiene solamente el fragmento intelectual de la comunión. El ensayista es un feligrés fracasado.

A diferencia de una religión íntegra —hecha de comunidad, cuerpos, ritos, cantos y mitos—, la religión intelectual del ensayista —hecha de puras ideas— pretende unirse con el Todo solitariamente y sin pensar en lo sagrado. Su anhelo de religación es óntico. El ensayista practica una pseudo-religión aislacionista.

El ensayo es una relación de conceptos. El mapa resultante de tales trazos tiene la intención de dibujar un símbolo. El concepto está hecho de símbolos destruidos. En la era de la razón el símbolo, por su irracionalidad, perdió su cualidad de religue. Es ahora el concepto el que intenta religar al hombre con la realidad que percibe ajena. El símbolo unifica (símbolo *sym* + *ballein*, “juntos” + “arrojar”: arrojar juntos, reunir). El concepto se jacta de descifrar al símbolo y así inutiliza su poder unificador. Es diábolo (*dia* + *ballein*, “a través” + “arrojar”: arrojar a través, separar), en el sentido etimológico de la palabra. El psicoanalista postfreudiano Alexander Lowen advierte que el desciframiento que Edipo hizo del misterio de la Esfinge marcó el inicio de la civiliza-

ción. Tal desciframiento es la transformación de lo simbólico en lo conceptual. El ensayo, construido por conceptos (diábolos), es un intento de unificación a través de la agrupación de separaciones. La religación sucede sólo dentro del ensayo mismo. Por ello es quimérica. Se trata de una religación incompleta.

En su soliloquio, el ensayista trabaja “sordamente, girando sobre sí mismo / como el cuervo sobre la muerte, el cuervo de luto”.² Experimentando su realidad como un mero observador. El ensayo nace de un estado mental en que el individuo se experimenta alienado e incapaz de tener un contacto real con el otro y con el mundo. Desde ese estado define al mundo para mostrar su superioridad frente a él. Crea una religión mental. Se muestra fuerte en el pensamiento, que es ya lo único que siente suyo. Así mitiga el dolor de la imposibilidad del contacto.

El ensayo es la voz del hombre que desea hablar como Dios. Define y legisla por sí mismo la nueva creación urbana. Siendo una religión, necesita una voz divina. A diferencia del poeta, quien dice experimentar la llegada de “la otra voz” que le inspira, el ensayista no *recibe* la voz de Dios, sino que, como el poseedor de la verdad, es el que *envía* la voz. Escribe Baudelaire en “Le salon de 1859”: “Si un determinado conjunto de árboles, de montañas, de aguas y de casas, lo que denominamos un paisaje, es bello, no lo es por sí mismo, sino

² Pablo Neruda en su *Residencia en la tierra* expone toda una visión del percibirse ajeno al mundo que le rodea. La enunciación desoladora de las imágenes cotidianas de la ciudad muestran el hastío de lo inaprensible. La poesía *simboliza* emotivamente la disociación. El ensayo la describe y la define.

II

Que el ensayo sea una religión fragmentaria no significa que deba abandonarse. Por el momento parece inevitable la psicópolis. Amenaza, por desgracia, con suplantarlo totalmente la experiencia de la ciudad. Habrá que pensar, por ende, qué queremos del ensayo para que, al menos, no pierda la única religión que ha conseguido.

Lukács define el ensayo en su texto “Acerca de la forma y naturaleza del ensayo” como “El momento místico de unión entre lo externo y lo interno, entre alma y forma”.⁵ Con tal definición el pensador húngaro pone en evidencia la intención mística del ensayo. Incluso sus primeros escritos poseen la suavidad y la belleza de los textos religiosos, y su preocupación por la vida, la forma, el alma, el destino y la profundidad terminan por confirmar la orientación de sus textos. Para Lukács, en el ensayo, la forma se transforma en destino. La esperanza de una fusión sagrada en el lenguaje escrito de “lo externo”, o mejor dicho, lo que el hombre percibe como externo y su vida interior. La dualidad alma-cuerpo de las antiguas religiones se traslada en el ensayo a la de pensamiento-ciudad.

El cuestionamiento escéptico de la relación natural entre el hombre y su ambiente da pie al nacimiento del ensayo. Montaigne percibe y comparte tal escepticismo. El surgimiento de las ciudades lo remite a un error en sí mismo, a una alienación de su entorno. Esto se vuelve no un tema de sus ensayos, sino el origen del ensayo mismo. Al desconocer la relación hombre-mundo como natural surge la necesidad de re-crearla. En la escritura esa relación nace en el ensayo. El ensayo continúa creando tal relación prostética hasta nuestros días. El ensayo es una comunión artificial.

⁵ Georg Lukács, *Soul and Form*, MIT Press, London, 1980, p. 8.

A detailed black and white woodcut-style map of the island of Corsica. The map shows the coastline, major towns like Bastia, Ajaccio, Corte, and Calvi, and various geographical features such as mountains, forests, and rivers. Labels are in French, including "LA MER MEDITERRANEE" at the bottom, "LAC MAROTIS" at the top right, and numerous place names throughout the island.

Alejandro, Egipto, siglo XVI



Antigua vista de Montreuil, Francia

voraz del funcionamiento de la megalópolis. Se construye sin restricciones de fuentes o temas, abarcando la antropología, la sociología, la literatura, la psicología, lo mediático y un sinnúmero de disciplinas que recombina para la creación de ensayos complejos. Sólo que en algunos casos este ensayo ha descendido a la mezcla postmoderna de asuntos efímeros con herramientas hermenéuticas sólidas, con el fin de captar lectores de otros nichos. Después de los grandes ensayistas de ideas del siglo xx —de Benjamin a Deleuze— han emergido, como sus epígonos, teóricos de lo nimio. Ellos ya no buscan una religación de ningún tipo, sino el simple consumo.

El formalismo ruso habla de la mutación de los géneros por el influjo de la periferia. Sin embargo, el ensayo tradicional, a diferencia de la novela o la poesía, ha evitado exploraciones aventuradas para guardar su compostura. Tales limitaciones han obedecido en su mayoría a la relación cientificista sujeto-objeto, que reduce el análisis ensayístico a elementos aceptados y bien delimitados, o a la estética del lenguaje, donde el único léxico invitado al ensayo es el poético.

Por otro lado, como en el ejemplo de la teoría crítica popularizada, existen otras exploraciones ensayísticas que han incluido las *periferias fáciles* —como el lenguaje urbano, el caló, el lenguaje mediático, el léxico *web*, algunos arcaísmos y la rehuida habla coloquial. Es necesario cavilar mejor sobre las periferias del ensayo.

Pienso en el *psicoensayo* que escribió Sartre sobre Baudelaire, que no es ni biografía ni crítica de su obra, sino una intromisión aguda en la existencia mental del poeta francés, o en los ensayos elaborados a partir de eventos mediáticos, como el de Slavoj Žižek sobre la película *Matrix*, que lejos de ser una reseña, es un análisis de la sociedad mediática postcapitalista desde una perspectiva lacaniana. El descubrimiento de nuevas periferias permitirá al ensayo las transformaciones indispensables para su evolución. Sumando la periferia y ver-

tiéndola en una forma amibácea, aseguramos la actualidad del ensayo. Instrumento de religación en la era de una información que se disuelve en nada.

Walter Benjamin es un ensayista que buscó la religación intelectual con la ciudad utilizando admirablemente múltiples formas ensayísticas. Aunque no habitó la megaciudad, captó en sus textos las fuerzas que se ya se fraguaban entonces y que darían vida a la postmetrópolis del siglo xxi. Ensayar sobre París, sobre el traductor o sobre Kafka son meros pretextos que utiliza para re-crear su espacio urbano-intelectual. En su proyecto sobre los pasajes de París muestra que una recopilación de minucias, de historias, citas y observaciones breves dicen más acerca de una ciudad que un análisis exhaustivo. Sólo que estos fragmentos representan París porque, como el ensayo, la ciudad también está rota.

Aunque Benjamin consiguió fabricar sólidos ensayos, los ha alzado desde la postura de un observador. Como observador está alienado a la ciudad, a la que percibe como un espectáculo que puede ser descifrado. Los ensayistas somos los espectadores críticos de la vida o de sus obras. Guardamos siempre la distancia adecuada para no sumergirnos completamente en las experiencias y así poder completarlas en el texto. Después imaginamos que nos relacionamos con lo lejano, cuando en realidad sólo construimos lazos mentales.

En esta religión intelectual sustituimos la ciudad real por la ciudad aprehendida conceptualmente. La ciudad real permanece intacta por los conceptos. La psicópolis, la ciudad pensada, es la única poseída.

Ante la imposibilidad de la religación que anhela, el ensayo es nuestro esfuerzo fallido. El fin último de religación es imposible porque utilizamos como medio artesanal al lenguaje. El lenguaje como intermediación nos asegura la alienación al colocarse entre nosotros y la experiencia directa. A través del lenguaje nos escindimos de nosotros mismos y nuestro mundo. Creamos una realidad alterna para no habitar la propia. Hemos emigrado a las psicópolis.

El ensayo continuará su auge, pues transitamos hacia el abandono del cuerpo por la primacía de la mente. La tecnología lo confirma. El dominio de lo mental nos incapacita a establecer cualquier contacto. El ensayo tenderá a volverse información. La anhelada ciudad es ya inaprensible. Ya no existe una ciudad material por aprehender. La ciudad se ha disuelto en la información. Sin una ciudad con la cual reunirse la búsqueda religiosa del ensayista ha perdido su sentido. Si Dios ha muerto, también ha muerto la ciudad. El ensayo es nuestra religión imposible. ■

Mayra Luna (Tijuana, 1975) es narradora, ensayista y traductora. Está incluida en la compilación de ensayos *El hacha puesta en la raíz* (2006). Es autora de *Lo peor de ambos mundos. Relatos anfibios* (2006).